

# COSQUILLAS

30 céntimos.



**DISCULPA, por Demetrio.**

—Tengo el gusto de mostrarles el último retrato de mi marido. Ahora pueden pensar de mí lo que les dé la gana.



LAS BELLAS DEL CINEMATOGRAFO

LYA DE PUTTI EN LA MAGNIFICA PRODUCCION DE LA U. F. A. "CELOS". ¡PARA QUÉ VAMOS A DECIR NI UNA PALABRA!

# COSQUILLAS

## REVISTA COMICO SATIRICA

Aparece los sábados

Administración:

CENTRAL DE PUBLICACIONES Y EDICIONES, S. A.

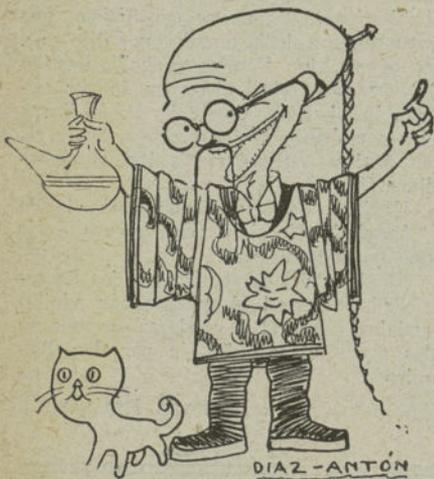
Paseo del Dr. Esquerdo, 6. Tel. 53.355

Toda la correspondencia al Ap.º 9.035

Precio del ejemplar: 30 cts.

Director: INCORDIEZ

Año II Madrid, 26 de Marzo de 1927 Núm. 26



DIAZ-ANTÓN

### Divagaciones

por el

### “Chino desconocido,,

Esto de decir picardías en público *cuesta lo suyo*, en estos tiempos de cultura y refinamiento, en el que la elegancia lo ha invadido todo. ¡Y no digamos nada de la fuerza de expresión que han perdido los insultos!... Antes, las mujeres estudiosas (esas de la *cartilla*) se insultaban unas a otras, queriéndose molestar *por do más pecado había*, llamándose *lactantes*. El insulto ha pasado a la historia de los improperios, porque ahora, casi todas ellas son de *pecho*.

Exactamente igual acontece con la mayor parte de los caballeros: Antes se decía de Fulano, que no se podía beber en el mismo vaso que él, *porque si tal, y porque si cual*,

pues bien; ahora coinciden muchos en el mismo recipiente, y hasta cambian impresiones de cómo encontró la cosa cada cual.

¡Y no es que yo lo critique!... Lo comento nada más.

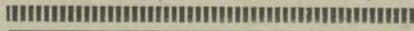
\*\*\*

¿Y qué picardía que la pueda sonrojar, le dice usted a estas muchachas (que ya hace once años vaticinó nuestro compañero Demetrio llamándolas *musleras*) que con él mismo desenfado que hace años era el gesto obligado de las *raposas*, se comportan en público?

Ya no se las puede decir: “Es usted muy bonita”, porque murmuran despectivas: “¡Vaya gilipueñas!”. Hay que decirles una picardía, ¿pero cuál? ¿de qué grado para que les llegue a interesar sin molestarlas?

*Ecco il problema*: Yo he probado cuatro o cinco madrigales de corte moderno, lo que se llama *bien*, que me ha dado buen resultado el ochenta y siete y medio por ciento de las veces. Hay que descontar el *¡maldito sea tu padre!* que aunque las sigue gustando, está muy dicho.

Ya hay que decirles incoherencias como: “¡Vaya siesta!” “¡Qué lástima que tenga usted la boca tan pequeña!”... ¡Nada; incoherencias!



Este número ha sido revisado por la censura.



### CONSEJOS POR DIAZ-ANTÓN

*No encargues de la custodia de tu mujer ni al mejor y más caballero de tus amigos. La mujer es fuego y el amigo estopa, y viene el diablo y sopla.*

*Y lo peor no es que soople el diablo, lo peor es que, como tengan a mano un mueble blando te lo hacen migas.*

\*\*\*

*No discutas con una mujer bella. Es una descortesía imperdonable el llevarle la contraria a una hermosa mujer. Y sobre todo: ¿A tí que te importa que ella quede encima?*

*No hagas caso de esa leyenda de que el matrimonio la voz apaga.*

*Yo conozco a una cantante que da el sí natural como el que se come una anchoa, y está harta de disputar y no quedar encima.*

\*\*\*

*Si tienes acostumbrada a tu esposa a que florezca para ella la luna de miel quince veces al mes, mira lo que haces con el día que sobra en los meses que traen treinta y uno: si quieres que la paz reine en tu casa... lunízala también ese día sobrante.*





## COMENTARIOS DE UN DEMENTE

Los hombres serios

¡Los hombres serios, los hombres serios! No he visto nada menos serio que un hombre serio. Ahí tenéis el caso de "Azorín". ¿Ha puesto nadie en duda la seriedad del conspicuo académico? Pues observadle. Convencido de que la fama de hombre serio no podía conducirle a nada bueno, se dedica con verdadera fruición a destruirla con sus propios actos. Ya en "Old-Spain" cantaba alegremente las excelencias de la pirueta. "Si mi país quiere salvarse del marasmo—decía—, ha de cultivar la extravagancia." Y por si aquello no cuajaba, vuelve a la palestra con otra comedia deliciosa y ejemplar: el "Brandy, mucho Brandy", que ha representado nuestro selecto amigo Manolito París en el teatro del Centro.

Supongo que nadie ha dado a ustedes la versión adecuada de la obra; que en la disputa de críticos y autores no encuentran ustedes la exégesis más justa; que piensan en celebraciones metafísicas... Háganme caso a mí, que en este periódico tan serio—en el buen sentido de la palabra—me arriesgaré a decirles la verdad...

"Brandy, mucho Brandy", es, ni más ni menos, un jocundo "¡alalí!" a la borrachera. La vida es triste; la vida es un camelo; la vida es de una vulgaridad aplastante... Para pasarla lo mejor posible, ¡venga Brandy! Para soñar, para idealizar, para vivir, ¡arriba las copas!

"La borrachera es el estado perfecto del hombre." He aquí el manadero de toda la filosofía de "Azorín". ¡Por algo es de Monóvar el escritor ilustre!

Convengamos en que tiene razón. Una botella de "La Guita", un caneco de Ginebra, unas copas de champán, pueden sugerirnos más ideas e inyectarnos más decisiones que la lectura de "La educación de la voluntad", pongamos por libro recomendable. Estamos hasta la coronilla de seriedad y de pureza de costumbres.

En vez de revolvernos inquietos, en la cama, cuando de madrugada nos despiertan esas cuadrillas de bebedores que pasan bajo nuestras ventanas cantando a todo pulmón el

"¡A beber, a beber y apurar las copas del licor!..."

visámonos a toda prisa para sumarnos al cortejo.

Veo fruncir las pobladas cejas a Ramiro de Maeztu—apasionado lector de COSQUILLAS—, y me parece oír su cavernosa voz lanzando un anatema. Pero no le hagias caso. Convidadle a un chático. Maeztu es otro Catón de guardarropía. Me acuerdo yo de las jornadas aquellas de al principio de la guerra europea, en Génova, cuando Maeztu, Tomasito Borrás—¡otro que se ha metido a fraile!—, el profesor Vera y yo andábamos tentando desde Italia las fronteras cerradas de los países en lucha.

Maeztu nos fustigaba a Tomasito y a

mí porque nos dedicábamos, harto, a perseguir "bambinas". La hora del café era la hora del sermón. El viejo periodista—entonces ya era viejo—nos decía que la licencia de nuestras costumbres nos acarrearía la desgracia; que una noche de amor era, a la larga, una crónica malograda, y un mes de pasión carnal, un año de incapacidad para el trabajo...

—Hay que madrugar, tomar desnudos un baño de sol, frotarse el cuerpo con un cepillo de raíces y dar largos paseos por el campo, hurtando toda ocasión de caer en las flaquezas de la carne...

Tomasito y yo estábamos a punto de amedrentarnos y aun nos juramos imitar al asceta...

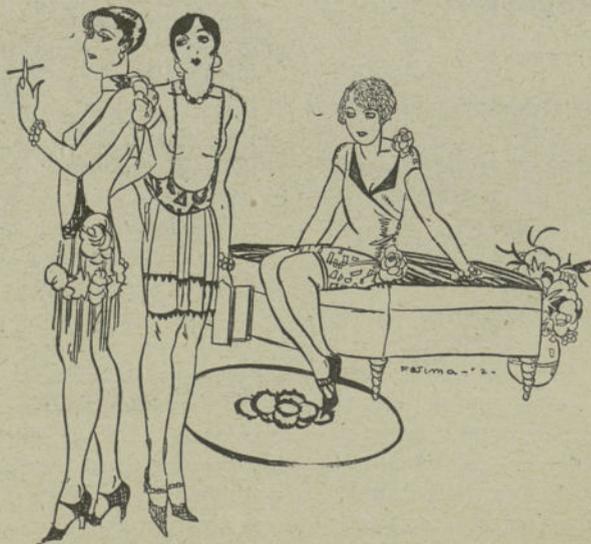
Pero un día...

Un día, al llegar al café, no encontramos a nuestro paternal amigo. Estaba enfermo. No pensaba salir de sus habitaciones. Y una rusa bellísima, una rusa que era de la tertulia, nos dijo que, en efecto, don Ramiro se había sentido ¡jaquecoso y febril al tornar de una excursión al Lido, donde la había llevado—como otras tantas veces—a beber rico Asti y a enseñarla la lengua castellana...

Es hora de sinceridades como la de "Azorín". No hay nada menos serio que un hombre serio...

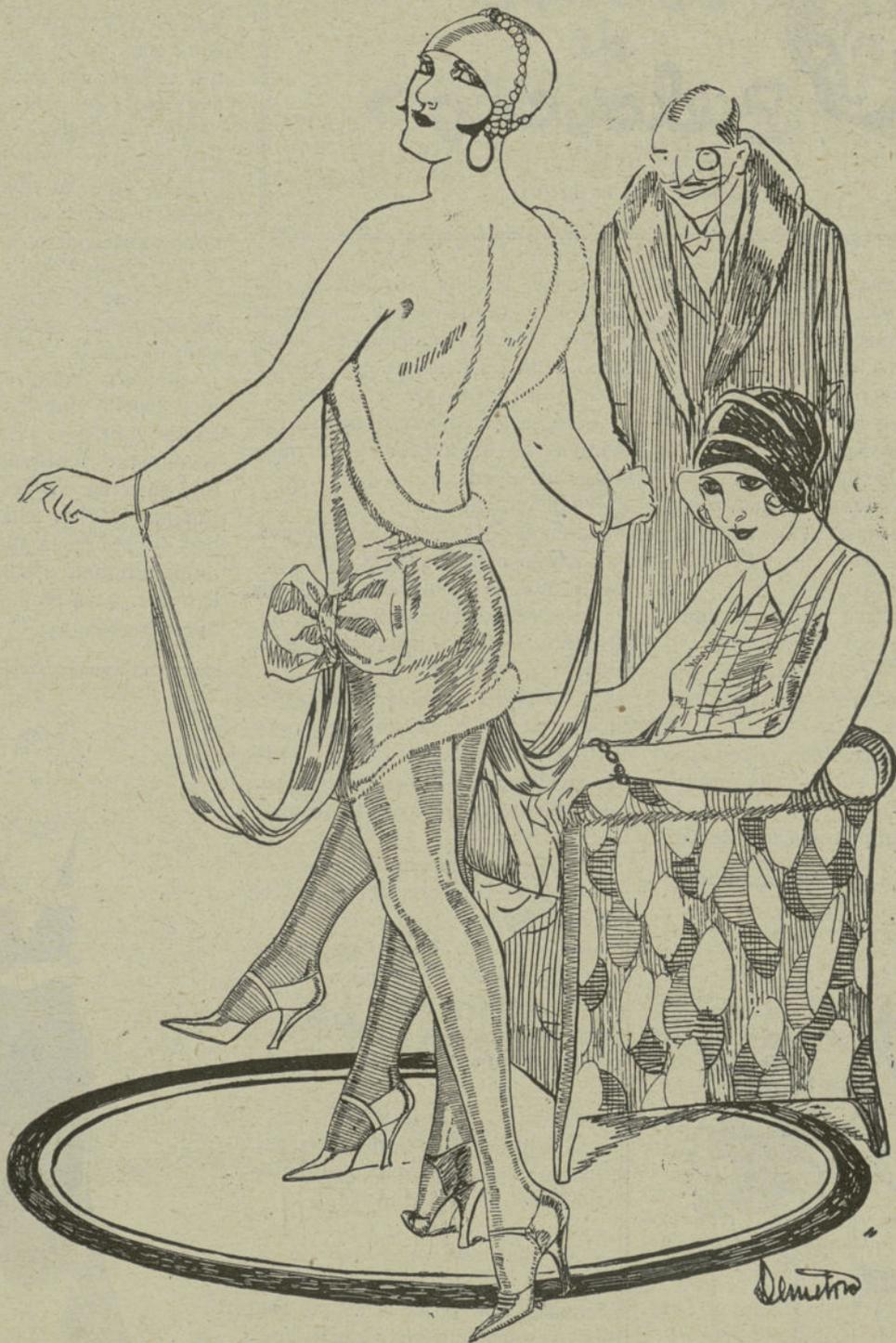
Si algún día os sentís atacados de seriedad refrescad el gaznate con vinillo andaluz y seguid la conducta—ya que no las predicaciones—del sin par don Ramiro...

LEOPOLDO BEJARANO.



UNA FILOSOFÍA, por Fátima.

—Creo que doña Pepa traspasa este negocio.  
—¿Y qué nos importa a nosotras que cambien de dueña?



La modelo.—Este es un traje de recibir para verano.  
 El marido de la cliente (aparte).—Puesto en tu cuerpo es para recibir en las cuatro estaciones.

Dib. de Demetrio.



# Cosas de Belorcio

Fritz se va a casar

—Enhorabuena, querido Fritz!  
—¡Oh, todavía se está su boca demasiado bronto por el enhorrafuena, carramba!

El enhorrafuena se da, o no se da el día que se está siguiente a la noche de los novios.

—Que casi siempre se da... ¿no?  
—Sí; berro que, en ferdad, no se debía de darse gasi siembre... ¡jo! ¡jo! ¡jo!

—Muy mordaz...  
—Es que yo ma estoy un hombre muy mocho corido...

—¿Cómo?  
—Corido, de corer, de corer con las dos biernas...

—Bien, hombre, bien. Creo que en tu caso te daremos la enhorafuena...

—¡Oh, yo también ma lo cree así,

carramba! Es bor esto que yo me casa. Y a lo mecor ma tenéis que dar de la enhorrafuena dos peses, gomo a mi puen amigo Fréderik...

—¡Hola! ¿Cuento tenemos?

—No sa astá güento; sa astá un susesido que le susedió a mi puen amigo Fréderik.

—Cuenta, cuenta.

—Ferrás. Mi puen querrido mocho amigo mío Fréderik, sa casó Perlín, con una covensita toda ella gorda y rubia aspiritual que sa astaba moi bastante demasiado de tímida.

La bobresita sa tenía un extraordinario miedo de la terrible noche de los novios y sa puso del acuerde gon su donsellita borque la sustituyese esta noche que yo te dise. Y lo hisieron así...

—Eso no puede ser.

—Pois si fué, carramba, que yo no ma estoy el empusterro. Fué gomo yo te lo dise. Gon la lus abagada se hizo el cambio...

—El novio era tonto... ¿no?

—¡No! Es que la donsellita se astaba purra y fella como la novia misma...

—¡Ah!

—Y mi puen amigo mío Fréderik sa quedó engantado y toro él demasiado lleno del entusiasmo.

—Sigue.

—Al día que se astuvo el siguiente la donsellita se le hapló a su ama de que se había astado moi felís. Antoneses la coven quiso ogupar su buesto y gomo también se astaba ella toda moi purra y moi gasta, mi puen amigo mío Fréderik sa llevó una sobresa kolosal a la secunda noche que le basó lo que la primerra...

—¡Menudo salto pegaría!

—Sí, berro se asustó mucho y a bobresito no gombrendía gomo

bodía haper sido aquello. Antoneses fué mi amico a ver al badre de su novia y le dijo: “¡Oh, mi fenerrado badre de mi asbosa! ¡Yo ma estoy ferdaderramente ascmbrado de esto que me basa!” “Y que es le que te basa, mi querrido señor hije bolítico”—le dijo su suegro—. “Bues un gaso extraordinario”, “Güéntame, hombre, güéntame” “Nara, que su querrida hija, mi dulce y carriñosa mujer se estaba doplemente purra”.

—“¿Gómo?”

—“¡Que sa tenía dos fesés rasón de ser purra! ¡Esto es de gonsultar a un médico!”

—“¡No, hompre, no!—le dijo moi mocho sonriente su querrido badre bolítico—. Eso sa astá berfectamente natural. Mi querrida hija sa tenía dos fesés rasón de ser purra, una bor ella misma y otra bor su bobresita matre que no se tenía ninguna güando yo ma casé con ella, y ya empesaba yo a estar-me breocupado...” ¡Jo! ¡jo! ¡jo!



UN ELOGIO QUE ES UNA LAMENTACION, por Bellón.

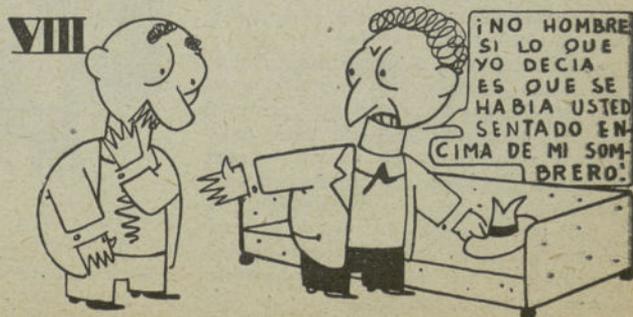
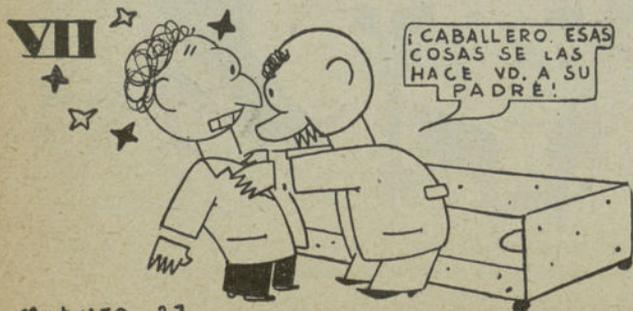
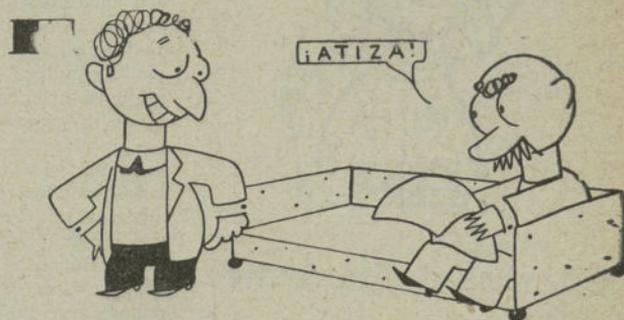
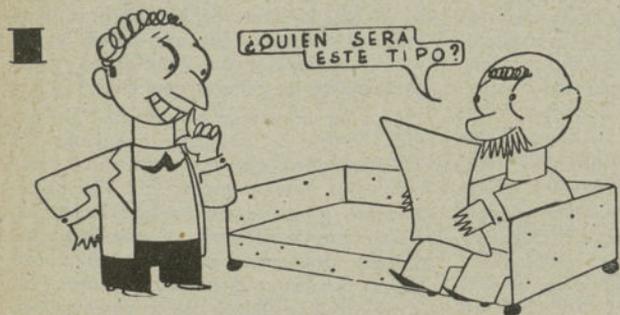
La criada.—¡Quién “fua” la señorita por una semana!... ¡Me iba a hinche!



Mi marido me está poniendo en ridículo tan descaradamente, que estoy pa vengarme. Y como me decida, lo voy poner en situación de desecho de tiente.

Dib. de Moliné.

# EL EXPRESIVO, por Mihura



MIHURA 27.



## Charlas de Incórdiez

### ¡La órdiga, la panocha y el epiplón!

Ustedes saben que yo soy un entusiasta de las piernas de las mujeres; de las piernas *bien*, naturalmente; de esas piernas de pesadilla bien calzadas; pues bien: una amiga mía, hermosa artista de *varietés*, que tiene unas piernas que le ponen a uno en los diez y nueve años a los tres segundos de contemplarlas, me invitó el otro día a merendar en su casa, en donde me presentaría a una amiguita suya, que, según ella, tenía las más estupendas piernas que existen.

—¿Mejor que las tuyas?—pregunté apoderándome de una de las de mi amiga.

—Mejor; más largas y mejor formadas; ya verás—me contestó, dándome una patada en la cabeza para que soltara su pantorrilla, que yo tenía atenuada; y después, con el entusiasmo brillándole en los ojos, añadió: ¡Ya verás qué apoteosis de belleza es mi amiga!...

Yo guiné no sé si el ojo izquierdo o el derecho, y le repliqué locuelo:

—Hablas de ella con demasiado calor, y...

—Hablo de ella como me sale del entredós, y no rechistes o no vengas si no quieres, y te advierto que si vienes tienes que demostrar que eres un hombre culto, aunque te cueste trabajo, y que no te tienes que escandalizar por las extravagancias de mi amiga ni de las mías. Mi amiga tiene la manía de hacer como que convierte a las personas en animales o en cosas; así es que ya estás advertido, ¿verdad?

—¡Vendré, y si es cierto que tu amiga es tan guapa y bien formada como tú, estoy dispuesto a que me convierta en lo que quiera!—contesté enajenado a mi estupenda amiga, la cual me pagó el piropo con un beso *acharlastonado*.

Salí tan optimista de casa de la guapísima, que si en aquel momento me dicen que una tía mía, que es bastante guapa, se está dando al devaneo por los alrededores del Dos de Mayo, lo encuentro disculpable, y todo lo más, todo

lo más, la hubiera tachado de locuela. ¡Qué feliz iba a ser! ¡Ahí es nada, una mujer más guapa y mejor formada que la arrogantisima (¡ya iba a decir su nombre!) Fulana!

Fuí a mi casa a cambiarme de ropa, porque yo, cuando voy a coger grillos con una buena mujer, me pongo una elástica color bilis, que es un tósigo para las bellas. Mujer que me ha contemplado segundos siete en esa *robe* íntima, mujer que ha solicitado por sus antepasados más decentes que la hiciera víctima de mis más groseros instintos. También me puse unos calcetines cuadriculados, con los que he convertido en rameras a más de cuatro mujeres de esas que no se preocupaban ni por Rodolfo Valentino (q. e. p. d.). Con esas prendas y un perfume que hago yo con ampollas Longines iba que; no a mi deseada desconocida, a la Cibeles la hago bajarse del pedestal y darme un beso en el hígado.

Llegué a casa de mi amiga (a la que estoy por gastar el bromazo de decir en qué calle del aristocrático barrio de Salamanca está enclavada... ¿lo digo?). La

doncella de mi amiga, que es de las de opereta, me cogió el sombrero, me cogió el bastón y me cogió... desprevenido, que si no, menudo azotazo le doy por la libertad que se tomó. Me condujo hasta la puerta del saloncito-revolcadero de mi amiga, y me quedé deslumbrado al ver sobre unos cojines, y en la más elegante de las posturas, a la bella desconocida, que me sonrió y me tendió su bella mano (una mano como para ganar un dineral con ella).

—¿Qué te parece mi amiga, "Incórdiez"?—dijo la arrogante bailarina.

Tartamudé, que no encontraba palabras con qué expresar mi agradable asombro y que se me trababa la lengua. Pocos minutos después, y cuando ya teníamos confianza, me dijo mi nueva amiga con su más mimoso acento:

—¿No te enfadarás si te convierto en un perrito?

¡Y para qué les voy a engañar! Me estuve ladrándola cerca de una hora.

Vuestro hasta la marranada,

INCÓRDIEZ



—Una.—La verdad es que después de estas contorsiones que hacemos al bailar el "charlestón", no sé qué es lo que vamos a hacer en la intimidad.

Dib. de Herreros.



# Barcelona En Pyjama.

## El crepúsculo de las cupletistas

Es un crepúsculo tan triste y digno de la elegía como el de los dines. Los pobres cupletistas nos han proporcionado tan buenos ratos, y no cantando precisamente...

La cupletista desaparece, se extingue. Dentro de un par de siglos se hablará de ella como de un animal prehistórico: el icteosaurio, por ejemplo. Con el tiempo, no lo duden ustedes, la cupletista llegará a animal de museo.

Antes, durante la guerra sobre todo, Barcelona estaba llena de cupletistas. Las había inglesas, francesas, españolas. ¡Hasta las había españolas! Las había en Buena Sombra, en el Principal Palace, en el Alcázar Español, en Eldorado, en el Edén Concert.

Las del Edén, Alcázar, Palace y Buena Sombra eran cupletistas orgiásticas, desenfrenadas, simpatiquísimas. Las de Eldorado cultivaban un género fino para familias; tomaban chocolate con picatostes a la salida del espectáculo, y se casaban todas como Dios manda. Un ejemplo: Blanquita Suárez, que hizo una boda brillantísima y envidiable.

Llegaron a multiplicarse de tan alarmante manera, que el Ayuntamiento aprobó la agregación a la capital de los pueblos vecinos a Barcelona. Una manifestación de cupletistas llenó la plaza de Cataluña, las ramblas, el paseo de Gracia, las tres plazas de toros, el Matadero y el Parque Güell.

Eso, su fuerza numérica, les daba una insolencia y un desparramo verdaderamente insoportables. Por entonces decíamos nosotros, hartos ya de ellas: Hoy la cupletista se ha convertido en un animal peligroso. Un animal que, como no es doméstico, no puede vivir en la ciudad.

Las cupletistas debieran vivir en una colonia, a quince o veinte kilómetros de la ciudad. Habría un gran servicio de camiones automóviles enormes, con reflectores potentísimos y bocinas tremendas, que llevarían a las cupletistas de la colonia al music-hall.

Sonarían las bocinas, la gente se apartaría, asustada, y un guardia, en la plataforma de la camioneta, gritaría:

—¡Cupletistas para el Edén! ¡Cupletistas para Eldorado! ¡Peligro de muerte!

Han pasado unos años y sentimos una amable nostalgia de los días ídos. Hoy ya no quedan cupletistas en Barcelona. El Principal Palace, tan fastuoso, tan europeo, se ha convertido en un "cine"

vulgar. En Eldorado, en vez de Mercedes Serós, canta Caballé, y entre Caballé—que es un gran barítono y un muchacho simpatiquísimo—y Mercedes Serós, ¡la duda ofende! El Edén Concert ha descendido de categoría: de music-hall ha pasado a modesto dancing.

Todas las puertas se han cerrado hostilmente a la cupletista. Para la pobre cupletista, tan simpática a pesar de sus cuplés, no hay un refugio en Barcelona. ¡Lástima grande!

Al fin y al cabo, la cupletista nos proporcionó horas muy felices. Si al fabricante que pagaba sus lujos le entregaba la llave de su corazón—lo de corazón aquí, como comprenderán ustedes, es una metáfora—, a nosotros nos entregaba una ganzúa. La llave del fabricante era el deber, la obligación, el "pan nuestro de cada día". Nuestra ganzúa, en cambio, era el amor.

Según la cupletista, nosotros los escritores éramos cotizables, y gracias a su generosidad podíamos contar en la

tertulia del café alguna que otra aventura.

Ahora todo ha terminado. La raza de las cupletistas, como la de los pieles rojas, se extingue. Ya los escritores no recibimos cartas perfumadas, invitándonos a tomar un bocadillo—un bocadillo de carne de cupletista, que es la más sabrosa—en casa de las cupletistas. Y es que las tanguistas de hoy—sucesoras de las cupletistas de ayer—no saben escribir. Y es que nosotros no sabemos imitar a nuestro abuelo el gorila bailando el charlestón.

Y ante la copa de whisky renunciamos con una profunda melancolía.

Cualquiera tiempo pasado  
fué mejor (1).

LUIS CAPDEVILA.

(1) Por si lo ignoraban ustedes, los dos versos citados pertenecen a Jorge Manrique. (N. del A.)



Las solicitan:

Juan y José Cejudo Pérez. Batallón de Ingenieros de Larache. Segunda Compañía de Zapadores. Auléf.

Florencio A. Cuarta Compañía de Depósito. Riffier.

Vicente Olmeda. Pablo Teresa y Juan Rodríguez, sexta compañía Expedicionaria de telégrafos, Alcazaba de Tetuán, Estación Telegráfica de Meyakedil.

Francisco Carballeda, José Ignoto Mejias, Julio Linares Hierro y Miguel Aguilera, Parque de Automovilismo de Ingenieros. (Ceuta.)

Eduardo Solé. Regimiento Mixto de Artillería, Tercera Batería de Obuses. (Ceuta.)



—... Y ya lo saben ustedes: Yo soy una mujer tan apasionada por las cosas, que si me enamoro de alguno de ustedes ya puede hacer testamento.

Dib. de Ledesma.

## Virilidad perfecta

instantánea, sin medicamentos.  
«SECRETO FAUST», infalible  
jaun septuagenarios! Envío pliego  
cerrado, 0,25. Escribid  
Apartado 1.236. Madrid



PRÓLOGO

¡Qué asco de vida!  
¡Qué asco!  
¡Hay que ver!  
¡Qué asco ¡Qué asco!

FIN DEL PRÓLOGO

EMPIEZA EL ARTÍCULO

Cuando más entusiasmado se está con una mujer; cuanto más la amamos; cuando nuestras almas doloridas buscan el refugio de su corazón puro; cuando más nos deleita retorcerla los pelos del sobaco, surge un disgusto, unas palabras, una riña, en fin, que nos hace llorar de pena y nos hace la *cusqui* porque nos encontramos de pronto sin una señora medianamente agraciada a quien poder manosear todos los días festivos de tres a nueve.

Y lo verdaderamente indignante de estas riñas es que todas suelen ser idiosincrasias, como tiples de diez y ocho duros.

Y si no, obsérvenlo ustedes.

Les voy a presentar dos tipos de riñas y sus motivos, y si no tengo razón me dejo cortar la cabeza, que, como las cerillas de veinte céntimos, es lo único decente que poseo.

Y vamos a empezar que ya son las ocho menos cuarto.

PRIMER CASO

La niña cursi.

EDUARDO.—Veintidós años. Está colocado en la Telefónica y lleva frecuentemente un bastón cuyo puño figura una cabeza de pájaro, menos cuando llueve, que es el primero que saca el paraguas.

ARACELI.—Veintiún años. Sabe hacer perfectamente ensaje de bolillos y arroz con leche. Asegura que el *Blanco y Negro* es una revista muy bonita.

Además le gusta mucho el vino Moscatel.

La acción en el Parque del Oeste a las cinco de la tarde.

El.—(Haciendo rayas en la arena con el bastón) ¡Qué buen día hace!

Ella.—(Mirándose los talones de las medias por si los lleva rotos, y muy sa-

tisfecha al reconocer las cualidades de observador que tiene su prometido) ¡Sí, sí! ¡Un día espléndido! ¡Un día espléndido!

El.—(Recordando que hace diez minutos que no le ha preguntado lo de costumbre en estos casos). ¿Me quieres?

Ella.—¿Y aun no lo sabes, chiquillo? (que es lo que contesta invariablemente desde hace cuatro años).

El.—Es que me gusta oírlo decir, nenita mía. (Se aprieta mucho una ma-

no, como suele hacer cada ocho minutos.)

Ella.—(No ocurriéndosele otra cosa más interesante que decir). Tú eres el que no me quieres a mí, pichichi.

El.—¿Que no?

Ella.—No.

El.—(Bastante contento porque ha encontrado un tema de conversación con el que poder ir tirando las dos horas que aun le quedan de estar reunidos). ¡Qué tonta eres! ¡Ya sabes que yo te quiero mucho!

Ella.—(Que también está muy satisfecha por lo amena que se está haciendo la charla). ¡Tú a mí qué me vas a querer!

El.—Te digo que sí, Araceli.

Ella.—(Queriendo dar un poco de novedad e interés a la conversación y con una sonrisa picaresca que le sale siempre muy mal). Claro, que después de todo no me importa...

El.—¿Qué quieres decir con eso?

Ella.—(Comprendiendo que ha dicho una idiotez pero queriéndose dar importancia). No. Nada.

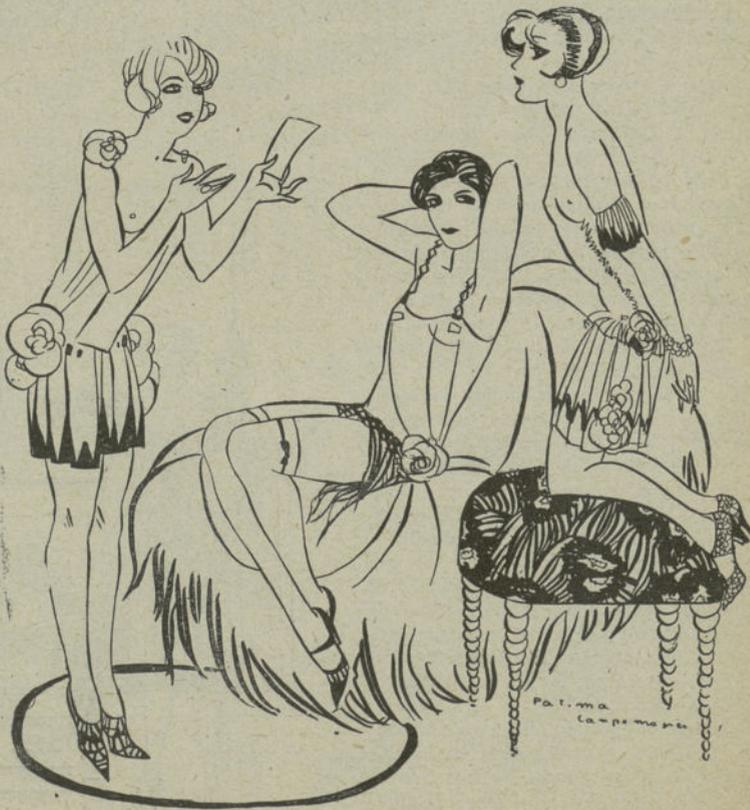
El.—Dímelo.

Ella.—Si no es nada, Eduardo.

El.—¡Ah! ¿No me lo dices?

Ella.—Ya te he dicho que no es nada.

El.—Está bien. (No habla en veinte



—¿De quién es esa carta?

—De mi "amigo".

—¿Cuál: el que te presentaron ayer?

—Sí.

—Pero, ¿todavía sigues con él?

Dib. de Fátima.

minutos, al cabo de los cuales dice esto, mientras se limpia las uñas con un pañuelo.) Puesto que no te importa que yo te quiera o te deje de querer he pensado que debemos dar por terminadas nuestras relaciones.

*Ella.*—(Que lleva en la boca una ramita que ha cogido de un macizo y sin ceder en su manía de darse importancia, aunque está más fastidiada que si le hubiese dado el tifus a su madre) Puesto que tú así lo quieres...

*El.*—(Muy enfadado y encendiendo un cigarrillo que saca de una pitillera de metal con un resorte automático). No. La que lo quieres eres tú. (Hay otra discusión de cerca de media hora para probar quién de los dos es el que lo quiere. Cuando terminan, están en la puerta de la casa de ella y hay este diálogo final.)

*Ella.*—Adiós, Eduardo. (Se le saltan las lágrimas en lo que tiene una verdadera especialidad.)

*El.*—Adiós.

*Ella.*—Cuando puedas mándame las cartas y los retratos y todo lo mío, ya que supongo no tendrás interés en conservarlo.

*El.*—Ninguno, hija.

*Ella.*—(Rodándole dos lágrimas por las mejillas, que no se limpia porque tiene el pañuelo algo sucio). Yo te devolveré también tus cosas.

*El.*—Me da igual. Puedes quemarlas.

*Ella.*—No. Es mejor que tú las tengas. Adiós, Eduardo.

*El.*—Adiós. Y conste que tú tienes la culpa de todo esto.



—¡Qué asquito de hombres! En un mes ya van cuatro que me proponen la boda para después de... los hechos.

Dib. de Fátima y Picó.

*Ella.*—(Metiéndose dentro del portal y llorando desconsoladamente). ¡Infame! ¡Infame! ¡Qué desgraciada soy! ¡Sí! ¡Sí!

COMENTARIO

Y ya está. Dos fulanos hechos cisco por una causa idiota.

¡Oh, el mundo, el mundo!  
¡Qué asco!

*Fin del comentario.*

SEGUNDO CASO

*La riña sensual.*

Antonio veinticuatro años, estudiante. Pili, dieciocho, costurera. Espectadora 1.<sup>a</sup>, cincuenta y siete; usa lentes. Espectadora 2.<sup>a</sup>, cuarenta y cinco, es de Zamora; pero como está oscuro, no se la conoce en nada. La acción en un cine.

Antonio (Haciendo sonar una liga de Pili).—Anda, encante.

Pili.—¡Qué peso eres!

Antonio.—¡Anda, rica!

Pili (separándose un poco porque es vergonzosa).—Bueno, hijo, estate quieto.

Espectadora 1.<sup>a</sup> (que está en una butaca de delante con un niño de cinco años, volviendo un poco la cabeza y diciendo entre dientes).—¡Qué poca vergüenza!

Espectadora 2.<sup>a</sup> (que está dos butacas más allá).—¡Sí, sí! ¡Qué desvergüenza!

Pili (en voz baja).—¿Lo ves? Estás llamando la atención. Haz el favor de estarte quieto.

Antonio.—¿Pero es que te molesto?

Pili.—Es que estás muy pesao.

Antonio (que, con razón, empieza a impacientarse porque está viendo que, después de haberse gastado cuatro pesetas en el coliseo, lo único que va a poder tocar es el "Maldito tango").—¡Pues que no eres tú poco delicada!...

Pili.—No es que sea delicada, reñez; pero es que no me dejas ver el cine.

Antonio.—A ver si te has creído que yo te he traído aquí para que veas las películas...

Espectadora 1.<sup>a</sup> (cambiando ruidosamente de postura en la butaca y mirando para atrás con una cara que se la ve el mocito a quien acompaña y de pánico le da la meningitis).—Jesús, qué asco.

Espectadora 2.<sup>a</sup> (que le da la razón en todo).—¡Sí, es verdad, es verdad!...

Pili (siguiendo la conversación).—Bueno, hijo, pues para lo que tú quieres te traes a una tía tuya.

Antonio (viendo que insistir es inútil como un baldado).—Mira, niña, que te den dos duros.

Pili.—Y a ti que te columpien en un chorizo. (Frase que no tiene ninguna



—Ya está el conde para llegar. Voy a soltarme todos los lazos porque el pobre ya no tiene pulso.

Dib. de Peñalver.

gracia; pero que el autor no tiene la culpa).

Espectadora 1.<sup>a</sup> (en voz un poco más alta, diciendo una cosa que ha pensado en el ratito que ha permanecido callada, para que la espectadora 2.<sup>a</sup> se admire de su ingenio).—Estas parejitas podían irse a otro lado más cómodo y no molestar al público decente...

Espectadora 2.<sup>a</sup> (verdaderamente asombrada de la idea).—¡Es verdad, es verdad!

(Afortunadamente termina el espectáculo, y cuando salen, el diálogo entre Antonio y Pili, termina de esta manera sentimental.)

Pili.—Bueno, rico, que te den las viuelas.

Antonio.—Y a ti el moquillo.

*Comentario.*

Y otros individuos separados por una tontería.

¡Qué vida ésta!

*Fin del comentario.*

EPILOGO

Y hay otros muchos más casos. ¡Muchos! ¡Muchos!

Pero hoy no tengo gana de decirlos porque me duele mucho una muela que tengo picada.

MIGUEL SANTOS

(Ilustración de Mihura.)

¡VAYA EXTRAORDINARIO DE PRIMAVERA QUE SE AVECINA!

## Divagaciones en el alero

Dios nos libre de meternos con el Estado. El Estado todo lo hace bien, y si no lo hace bien es como si lo hiciera. Uno, a lo que parece, no es de los que llaman a Cachano con un par de tejas. Pero es el caso que encontramos al Estado sustentando dos criterios opuestos. Y ello nos lleva a escribir este ligero comentario, que no lleva dentro —¡lo juramos por "Incórdiez"!— lo que se dice segunda intención.

Hay que aclarar algo previamente: decimos Estado y no es Estado. Es más bien la Administración pública. Más concretamente, la administración municipal. Y más concretamente aún, el Ayuntamiento de Madrid.

Respiren los guardias porrilludos. No va con ellos.

Una de las fuentes que manan para los gastos públicos es ese simpático papelito llamado cédula personal. De ahí —aparte lo que logre el contratista— sale algún dinero para la Diputación provincial y para el Ayuntamiento. Y es el caso que el Gobierno creyó oportuno establecer un impuesto sobre las cédulas de los solteros recalcitrantes. Señor que al salir de las filas del Ejército no se enlaza en el dulce vínculo; señor que tiene que darle lo suyo al recaudador de las cédulas. El Gobierno creó el impuesto, el contratista lo cobra y la Diputación y el Municipio se benefician. ¿Está claro? Pues ese es el anverso de la medalla.

Veamos ahora el reverso:

El Municipio sostiene un Centro benéfico llamado Colegio de San Ildefonso.

so. Ya saben ustedes que los tiernos infanzones acogidos a ese Centro filantrópico y pedagógico son los encargados de vocear los millones de la Lotería, por lo que se puede asegurar que son chicos de voz argentina—este es un chiste (?) por siete bandas: la Lotería, los chicos, el sorteo, los millones, la voz, la plata y, finalmente, lo argentino. Bien; ¡cómo se levanta uno algunos días!

En el susodicho Colegio hay empleados que atienden a los cuidados que exigen los niños. Y el reglamento del Colegio prohíbe que estos empleados puedan matrimoniar. ¿Quién hizo el reglamento? Nosotros no lo sabemos; sospechamos que sería uno de esos desgraciados a los que les sale la mujer con voz y ademanes imperiosos y con una suegra menopáusicamente irascible.

Ahora, vayamos al caso concreto: Un ciudadano se gana la vida prestando sus servicios en el Colegio de San Ildefonso. Cumple treinta y cinco años. Si se casa pierde el destino. Si no se casa le castigan recargándole la cédula. ¿Hay quien ate a esa mosca por el apéndice?

Y el caso concreto acaba de aparecer. Dos empleados y dos empleadas han simpatizado lo bastante para decidirse a la coyunda. Y el conde de Cedillo, agarrándose al reglamento, ha tenido que decirles—con la voz embargada y los ojos llenos de lágrimas—que los iba a tener que situar en medio de los bulevares, pongamos por calles despejadas.

Menos mal que ha intervenido el conde de Vallellano y, actuando como un arcángel, ha vencido los obstáculos reglamentarios.

Visto el anverso y el reverso, tenemos que ir al canto de la medallita.

El canto aconseja que uno, cuando encuentre por ahí una dama sensitiva, debe hacerle el amor con todo el im-



Ella.—Es curioso este perro que me has regalado. Parece que se ha criado en una confitería.

Dib. de Ledesma.

petu posible, ponerse tierno, susurrarle palabritas amorosas al oído, mordisquearle, si puede ser, el citado pabellón auditivo, hacerle zalemas e invitarla a que compruebe que uno está hecho pedazos por ella, para lo que se le ofrece cualquier pedazo de uno—el que ella estime más—. Y si habla de matrimonio, contestar en seguida:

—Yo iría a casarme contigo hasta a San Antonio de la Florida en día de lluvia. Pero, hija de mi vida, ¿no sabes que soy empleado del Colegio de San Ildefonso?

Y dejar que el de las cédulas haga lo que le dé la gana. ¡Peor están en Shangai!

VENEGAS.

## Cosquillitas

Cuentan que Dios, indignado, a Eva y Adán, en castigo de morder cierta manzana, los echó del Paraíso.

También tú y yo, aquella tarde la manzana hemos mordido, y nadie vino a arrojarlos de enmedio de aquellos trigos.

ALFREDO NAN ALLARIZ



—¡Ya he roto el mejor servicio de té por haberme caído boca abajo!... ¡Buena se va a poner el señorito! ¡Estoy viendo que lo voy a tener que pagar con una caída boca arriba!

Dib. de Soler.

NUESTRO EXTRAORDINARIO DE PRIMAVERA SERA UNA TROMBA DE BELLEZA. ¡CHIPEN QUE SI!

## Club Incórdiez

Manzanares (Ciudad Real), 12 marzo 1927.  
Incórdiez, nuestra efigie querida: Recibimos oportunamente los diseños que tuviste a bien enviarnos, de acuerdo con las indicaciones que te hicimos en nuestra carta 22 del pasado, y ocioso es el decirte la satisfacción que ello nos produjo, pues sobre ser ello de gran utilidad para este Club, ha puesto de relieve el altruismo que caracteriza todos los actos de tu vida. ¡Alá, por tanto, te la prolongue prudentemente!

Reunidos hoy este Club en sesión extraordinaria, el señor secretario, con el número 24 de COSQUILLAS en la mano, dió lectura en alta voz (por no tener auriculares), y visiblemente conmovido, en medio de una gran emoción que invadía a todos los presentes, el artículo "Club Incórdiez", contestando a nuestra cita; produjeron un gran júbilo y regocijo inusitados, traducido en mutuos mordiscos en las orejas y sendas "patás" en las espinillas, vivas y sentidas muestras de agradecimiento a nuestro ausente presidente honorario. Podemos asegurarte que fueron unos momentos de gran solemnidad; hubo quien lamía las columnas, recordando tal vez algún dibujo de Mihura; después los chicos del Club apedrearon las campanas y, juntándose en loca algarabía, llevaron sus manifestaciones por calles, callejones y callejuelillas, hasta casa de la "Tomelloseira", nuestra obesa patrona, hucha de nuestros mezquinos ahorros, donde... únicamente hubo alabanzas para ti y diatribas y ditirambos con el presumido Demetrio. ¡Y tóo porque pinta patas! ¡Vamos, hombre!

Actualmente, un socio aficionado al dibujo, sin pretensiones, se ocupa en la confección del pergamino que, como título o nombramiento, queremos entregarte. No dudamos que por tratarse de un neófito en el arte del lápiz lo acogerás con tu benevolencia peculiar, adivinando únicamente nuestro gran deseo de que todo lo que te enviemos sea inédito.

W. C. es decirte que si te decidieras a venir por ésta, tu presencia en esta Corporación sería regada con limonada manchega, vulgo "Zurra", que... ¡adiós Benavides!, entregándote *ipso facto* el nombramiento, ahorrándonos, por consiguiente, el certificado. ¡Ahorrativos que somos!

Se nos olvidaba, ¡oh, memoria infeliz!, darte un gran puñetazo en las vidrieras como agradecimiento por tu atención al ponernos a nuestra disposición una sección en tu popular y cosquilloso semanario.

También te remitiremos oportunamente el distintivo que, con la efigie, de tu oronda y hermosa cabeza, hemos ordenado confeccionar; tampoco echaremos en olvido al amiguejo Demetrio.

Por Giro Postal remitimos a esa Redacción 7,50 pesetas, importe de un semestre de suscripción al semanario que tan castizamente diriges.

¡Ah! Para evitarnos faltas en nuestras sesiones te pedimos que no seas tan bárbaro, querido presidente, porque nuestro secretario, que durante la lectura de tu carta se comportó debidamente, en cuanto dió fin a ella to-

mó asiento y cogió una perra tan grande con la decapitada "Alma que sueña", que sin apartar los ojos de su riquísimo cuerpo, sobre todo de sus entre-extremidades, sólo se le oía murmurar de cuando en cuando: ¡Que me la traigan! Y por lo visto no tuvo paciencia a que se la trajeran, porque, levantándose de un salto, salió de estampía, con COSQUILLAS en una mano. De lo que pasara después no hemos logrado enterarnos; sólo sabemos que a estas horas se encuentra en cama desvaído, ojeroso y casi sin conocimiento, pues a las

preguntas que se le hacen sólo contesta desfallecidamente:

—¡Qué rica! ¡Y es que tiene unas patas la manús!...

Dale nuestros más cariñosos recuerdos a la bellísima y estupenda Costanzo y dila que hay socio que por ella sólo se alimenta con fruta variada.

Te estrujan, te zarandean y te echan a lo alto, todo el Club Incórdiez del Casino Primitivo. El presidente,

ALFONSO G. CALERO.

*Muy pronto notarán ustedes una notable mejora en la presentación de COSQUILLAS.*



—Si viene el señorito, procura entretenerle hasta que yo regrese. Voy a ver al señorito Pepe, que me va a demostrar hasta dónde llega su amor.

—¿Y piensa tardar mucho la señora?

—Pues... Unas siete demostraciones.

Dib. de Picó.



# Cuentos al oído

E g o r d o

—Probablemente no regresaré hasta el viernes próximo. Pero, aunque llegue el domingo y no esté de vuelta, no te alarmes. Será que mis negocios me retengan en la capital más de lo que pienso.

—De todas maneras, maridito, haz por venir cuanto antes. Me impaciento sola. Me aburro. Te echo mucho de menos. Principalmente, por las noches. Hay algunas en las que casi te llamo a gritos. Sueño contigo y, cuando despierto de súbito y me encuentro sin tu compañía, ¡qué rabia, qué rabia tan grande me da!

—Volveré en cuanto pueda, desde luego, mujercita mía. Descuida. Y, en cuanto nos veamos juntos otra vez, será como siempre: que hasta nuestros huesos crujirán de placer. ¡Adiós!

—¡Adiós, vida mía!

En la sombra del portal oyóse un chaparrón de besos. La despedida. Luego, don Acisclo, el marido, salió a la calle. En la sombra de la noche, su esposa, mancha clara en el corazón de las tinieblas, le decía adiós con la manecita blanca aleteando en el aire.

Don Acisclo llegó a la estación cuando aún faltaba un buen rato para partir. En el andén sólo se veía la sombra de un empleado, pendiente del brazo un farol de turbios cristales. Unas luces rojizas brillaban a lo lejos, perdidas en el campo, de donde soplaba un leve vientecillo primaveral, cargado de bienolientes efuvios. Don Acisclo se acercó a un quiosco de periódicos. La dueña de él dormitaba, quietas las manos como prendidas entre las agujas de una calceta. Don Acisclo la despertó.

—¡Deme *El Liberal*, mujer!—le dijo.

Y fuése a leerlo junto al farolón del andén, bajo el reloj, cuyas manecillas trazaban un compás negro sobre la blanca esfera.

—¡Hombre!—exclamó de pronto—. ¡La lista de la Lotería!... Es verdad que sé sorteó ayer. Veamos, si me ha tocado algo...

Don Acisclo miró, según su costumbre, los números de la "pedrea".

—¡Nada!—masculló—. Me ha tocado lo de siempre: perder.

Lanzó después una ojeada a los números mayores, de una manera maquinal e indiferente; pero, de pronto, se puso

pálido, arrugó el periódico, metiéndolo debajo de sus narices, alzolo hasta el farol y, pasándose después la mano por la frente empapada de sudor, exclamó en voz queda:

—¡Es el mismo! ¡No cabe duda! ¡El 14.687!... ¡El gordo!...

Y, para celebrarlo, inició tres o cuatro saltos con la gracia de un elefante atacado de *charlestonitis*.

\*\*\*

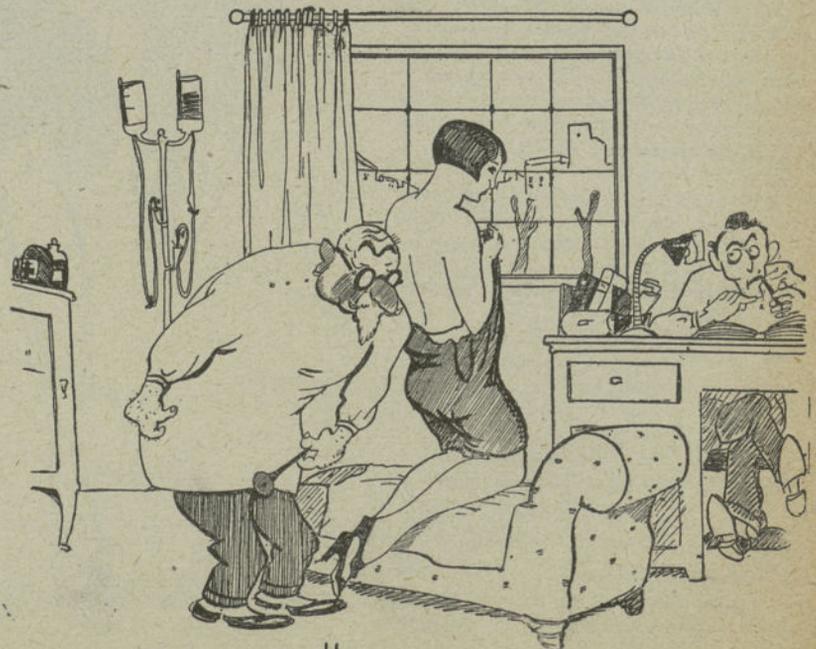
Vaciló un buen espacio entre emprender su viaje o regresar a su casa para dar la feliz noticia a su cónyuge. Al fin, tras de múltiples vacilaciones, optó por lo último. Cogió, pues, la maleta y salió de la estación camino de su casa, alegre, "pio, felice y triunfador", como el buen emperador Trajano. ¡Oh! Realmente es una satisfacción enorme que le

toque a uno el "gordo". Muchos de mis lectores—si cuento con lectores y si éstos son muchos—habrán tenido la fortuna de que les toquen algunas gordas. No es una parvedad, desde luego, esta fortuna. Las gordas atesoran ciertamente, cuando no llegan a la obesidad disforme, múltiples encantos y hechizos; pero hay que confesar, sin embargo, que todas ellas, desde las pantorrillas gorduzuelas hasta los hombros levemente mantecosos, palidecen ante los hechizos y encantos del "gordo". Podríamos aducir aquí numerosas razones para llevar el convencimiento de lo que decimos a vuestro ánimo. Con una, no obstante, sobraría. Y es ésta la de que, en teniendo el "gordo", bastará que lo pellizquemos un poco—algunos cientos de pesetas menos ¿qué importan?—para que, en seguida, nos toquen por añadidura las gordas, las flacas y las que, como un puente de carne prieta y sabrosa, se tienden entre los dos extremos. Estas últimas son las mejores, según nuestra opinión. Las mujeres en un buen medio están muy bien, ¿verdad? Han pasado de la flaqueza y se han quedado en la barbilla y media, en el pecho terso y enhiesto, en la cintura cimbreante, en las caderas opulentas sin exceso, en las... en el... en los... ¡Ay! Pensándolo hemos llegado a la tartamudez y al balbuceo.

Y, mientras caíamos en semejante estado, don Acisclo ha llegado a su casa.

\*\*\*

Entró en ella cautelosamente para sorprender a Purita, su esposa. Veíala dormida en el lecho conyugal, bien acusadas



El médico.—El caso es que me hago un lío porque te queda en la espalda un rumor de "sonmier"...

Dib. de Bellón.

las curvas del cuerpo adorable bajo la ropa, al aire los hombros y los brazos morenos, y hundida en un vallecito encantador la crucecita de oro que le regalara no hacía mucho tiempo. Quizá soñara con él.

Al pasar ante la puerta del recibimiento, sintió un bisbiseo de voces indistintas. Una flechilla de luz se escapaba por el agujero de la cerradura. Don Acisclo aplicó a él su ojo derecho y miró ahincadamente unos instantes. Luego abrió de súbito la puerta. En aquel momento oyéronse dos agudos chillidos de mujer, Purita y Carlota, la criada, desmelenadas, convulsas, revueltas las ropas—¡oh, deliciosas nieves, azucenas y magnolias al descubierto!—debatíanse aún en las postreras convulsiones de una tencionada lucha.

—¿Qué ocurre?—interrogó don Acisclo.

Las mujeres desentendaron la maraña de sus cuerpos y Purita, rechazando a Carlota, corrió a refugiarse en los brazos de su marido, mientras le decía:

—¡Hay que despedirla!... Es una ladrona... Estaba yo aquí cuando, de pronto, entró y se me arrojó encima exigiéndome que le diera el dinero, las alhajas, todo... Echala ahora mismo...

Don Acisclo, cuyos ojillos grises habían comenzado a brillar de un modo lúbrico desde que se asomara por la cerradura, sonreía socarronamente. Sin dejar de mirar a la fámula, acabó por incieparla:

—Váyase ahora mismo a su cuarto. Y mañana...

—Señorito—balbuceó Carlota llena de confusión, mientras iba con sus manos desde los cabellos enloquecidos a los mal velados senos—, señorito, le juro que yo...

—No insista, Carlota, y váyase...

Los esposos se quedaron solos. Purita hablaba atropelladamente; pero, como observase que, cuanto más trabajo daba a sus labios, más burlonamente sonreía don Acisclo, concluyó por exclamar llorosa:

—Te ríes, ¿verdad?... ¡Oh! Eres un monstruo. Un verdadero monstruo... Las penas de tu mujercita, que te adora, sólo te sirven de regocijo...

Don Acisclo, sin dejar su risa, le replicó:

—No te apures, Purita, no te apures. Considera, además, que Carlota siempre fué una buena muchacha. Una tentación la tiene cualquiera. Hasta los más santos. Y, al fin y al cabo, ¿te quito alguna cosa? Juraría que únicamente te quito el sueño...

Su risilla irónica, de sátiro, acentuóse más todavía. Ella entonces, exasperada clamó de nuevo:

—¡Ay!... ¿Lo ves?... ¿Con que no me ha quitado más que el sueño?... Y mi crucecita, ¿dónde está?... ¿Dónde está?... Se la ha llevado... se la ha llevado... ¡Ladrona!...

—¡Cómo!—chilló don Acisclo simulando que compartía su indignación—. ¿La crucecita que yo te regalé?... Eso sí que no lo consiento... Voy ahora mismo a que me la devuelva... ¡Pues no faltaba más!...

\*\*\*

Salió como una tromba. Purita quedó sola. Fué pasando el tiempo y no regresaba su marido. Impaciente, al fin, encaminóse al cuarto de la criada. Esta se debatía entre los brazos del señor con la misma furia con que se debatiera poco antes entre los de la señora. En cuanto se vieron sorprendidos por Purita, Carlota dejó laxos todos sus miembros, como si la acometiera un súbito desmayo, y don Acisclo, arreglándose el nudo de la corbata, comenzó a refunfuñar, amenazador:

—Dame ahora mismo esa cruz, si no quieres que...

—¡Déjala—intervino la esposa.

—La estoy registrando...

—No la registres más, hombre. Mira la cruz. La tenía yo escabullida en el pecho...

Miráronse los tres fijamente, en silencio durante unos segundos. Luego, de repente, los tres, comprendiéndolo y perdonándolo todo—comprender es siempre perdonar—soltaron una estrepitosa carcajada...

Hasta el siguiente día, ya bien entrada la mañana, don Acisclo estuvo muy atareado. Sólo entonces pudo decirle muy quedo al oído:

—Sabrás, Purita, que tengo el gordo en el bolsillo.

JOSÉ A. LUENGO

Ya viene la Primavera y con ella nuestro extraordinario.



—¡Vamos, que decir que yo todavía soy una chiquilla... ¿Verdad, lector, que tú harías una chiquillada?

Dib. de Picó.

## El menflis de Menflis

(RETAZO DE SALDO.)

Lector, me declaro iconoclasta en materia novelesca. Eso de que Blasco Ibáñez o Wenceslao Fernández Florez vendan las novelas con la misma prodigalidad que el que despacha lentejas, me tiene frito de envidia y no paso por ello ¡ea!

Porque ¿qué tienen sus novelas más que las de otros? ¿Literatura? ¿Ideas? ¿Humorismo? ¡Bah! Eso lo tiene cualquier otra novela que se le ocurra al primer mortal. Lo que pasa es que al público le da por ciertos autores y a mí en eso no me achica nadie.

Por ello y para demostraros que eso de escribir novelas no tiene más mérito que el que se las quiere dar voy a colocaros un capítulo de novela que se me ha ocurrido así, de pronto, después de pensarlo tres meses, que como encuentre otra novela de donde sacar para concluir y me la ilustre Mihura me hincho.

Como veréis el capítulo es una cosa ultraexquisita por la fuerza de su concepción, construcción, inspiración y... ¡atención, que empiezo! La acción nace, crece y se desarrolla en Egipto, 2.000 años y tres meses antes de J. C. (No confundirlo con antes de P y B, que es cuando se escribe M.)

Menflis, la orgullosa ciudad egipcia sornaba. El Nilo, deslizábase susurrante por su lecho arenoso, la luna, reposaba muy estática en su cama de nubes, los pájaros dormían entre los lotos y alguna que otra lota; un aire enervante se levantaba; un ibis levantó el vuelo... Aquello con tanto dormir y levantarse parecía una casa de huéspedes prehistórica.

El río seguía su curso como cualquier mal estudiante o sease tortuosamente, y en el centro del curso una barca se deslizaba misteriosa..

Recostado en la popa Pepi el Faraón, meditaba (suponemos que meditaba por el pequeño detalle de verle morderse las uñas hasta el codo). A su lado Ata, el esclavo griego rumiaba una canción etíope. De repente el Faraón dió un salto, después, dió un cigarro al esclavo y preguntó:

—Ata: ¿ves algo?

—Nada, señor.

—Yo, sí; veo un hombre dentro del río, ¿qué hace?

—Nada, señor... yo no veo nada.

—Juraría que sí... En fin, me habré equivocado... ¿Llegaremos pronto?

—Antes que Osiris luzca en el cielo habremos visto el pico de la gran Pirámide.

—Pues cierra el pico y mira si tenemos fondo.

Ata echó un remo al-agua. Luego dió un grito.

—¿Qué pasa?—preguntó Pepi.

—¿Que he metido el remo!

—¿Y qué?

—Que no encuentro fondos.

—Se habrán acabado.

Después de esta frase el Faraón meditó. No se le ocurría nada.

Por fin, habló:

—¡Ata!... Ata la barca y desembarquemos. Veo la ciudad.

Y desembarcaron.

Tras media hora de camino llegaron ante un soberbio palacio rodeado de *pápirus*. Ata se guardó unos pocos en los bolsillos por si se presentaban gastos imprevistos y continuó tras su señor. Este dió la vuelta al palacio (declaremos que tenía una fuerza hercúlea), y se dirigió hacia la entrada, pero al llegar ante ella, retrocedió dando un grito y dando un pisotón a su criado de amo y muy señor mío. En el zaguán había visto un hermoso caballo blanco que se

entretenía en saeudirse los mosquitos con la cola por hacer algo.

—¿Qué os sucede?—preguntó el criado.

—¿No lo comprendes, animal?—contestó el Faraón enfurecido—. ¡Qué hemos perdido la partida!... Está el caballo en puerta y me han soplado la dama!

Y el Faraón, furioso al ver que se la habían soplado se tiró al Nilo...

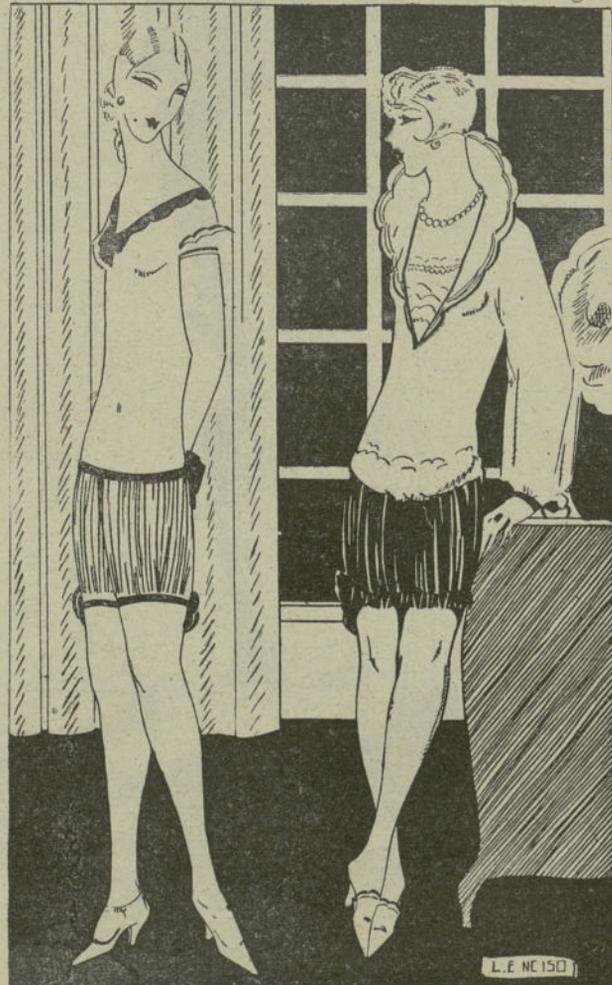
(Continuará otro día cualquiera.)

Como ustedes verán el capítulo no tiene nada que envidiar a los más interesantes de la literatura contemporánea.

Tiene emoción, erudición, intención y otras cuantas zarandajas más. Claro es que esto lo firma un esclavo de ustedes y no se le da importancia, pero lo firma un *as* de la novelería andante y le proponen para un sillón. En cambio yo, ya puedo esperar sentado.

¡Lo que es esta cochina bola!

FIDEL PRADO.



—¿Has tarifado con ese chico?

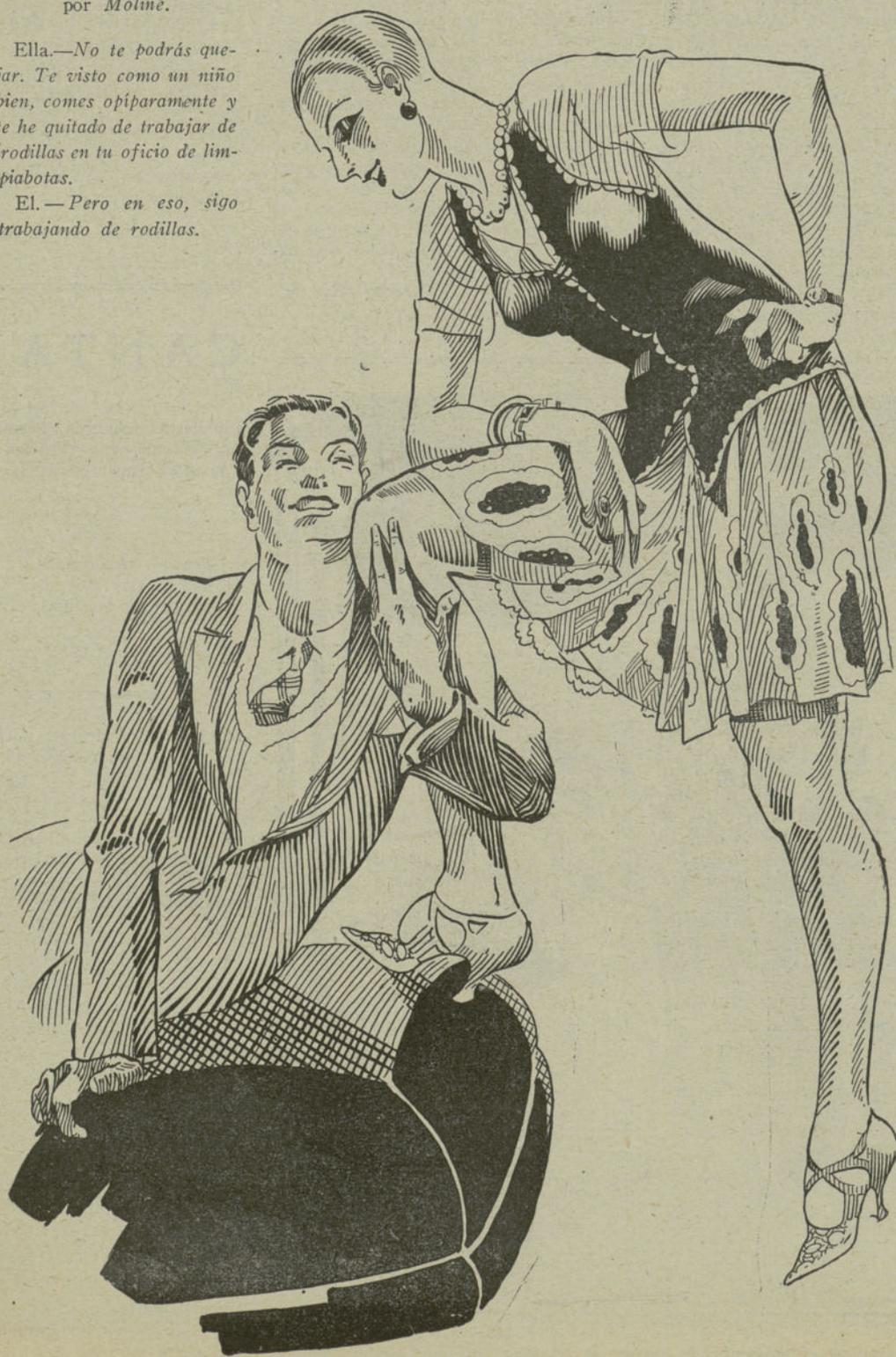
—Sí, nija; los zurdos me ponen negra.

Dib. de Enciso.

AGRADECIMIENTO,  
por Moliné.

Ella.—No te podrás que-  
jar. Te visto como un niño  
bien, comes opíparamente y  
te he quitado de trabajar de  
rodillas en tu oficio de lim-  
piabotas.

El.—Pero en eso, sigo  
trabajando de rodillas.



## OCURRIDO

Julito Yale y de la Rabadilla, a pesar de ser más pulcro y reservado que un irrigador de goma, sentía enervante y hasta angustiosa melancolía por el fútbol.

Elegante y presumido, como el que se coloca en la Telefónica, sabíase al dedillo cuál era el mejor delantero centro de la región; el más hábil jugador de cabeza y hasta los puntos que poseía cada club. ¡Era un socio!

Gustaba de las tardes en "Sakuska", el aristocrático salón de té, en donde Julito Yale realizaba a menudo sus conquistas o galanteos. Ora con mirada interrogante, precursora de caricias, ora

con sonrisas insinuantes de un *colchonesco* resultado.

El caso es, que, a pesar de sus correrías y del apellido que ostentaba, en cuanto pasaba por su vera un tipo vasco, con boina y trinchera, los ojos se le entornaban vacilantes, temblaban sus labios... y, entonces, Yale daba señales de una inseguridad rayana en la Tabacalera.

Barbilampiño, espigado, con dos ojos que eran un par de pastillas de chocolate *Suchard* y unos ademanes... ¡Ay, que ademanes!... Si parecía que el simpatiquísimo "Incórdiez" lo había dejado escapar de un ejemplar de COSQUILLAS.

Hará unos domingos que se le ocurrió a Julito—como de costumbre—presenciar uno de los tantos partidos de balompié que se celebran al año. Luego de algunas jugadas e incidencias propias del juego, se le escapó a un señor que hallábase a la derecha:

—¡Hombre, no hay derecho! Ese tanto debió ser anulado.

Y a lo que nuestro personaje contestó:

—¡Ay, no! El tanto estuvo muy bien colocado.

—Usted lo que no entiende es ni media palabra de fútbol... ¡Me revientan las filigranas, no puedo consentir indecencias!...

—¡Qué disparate! Mire, mire los blanquinegros, ¡qué tipos de jugadores! Tienen más arrestos, son más hombres, ¡qué juego emplean!... superior a sus contrarios.

Molesto al fin y ya amoscado su interlocutor, le soltó guasón:

—¡Cómo se conoce que es usted gimnástico!...

—¡Hoy, no; no lo quiera Dios! ¡Soy "merengue"!...

MANUEL P. DE SOMACARRERA

## CANTARES

Te ruego que no me vengas a molestar mientras duermo, que ya van ocho bautizos y no *quió* hacer el noveno.

\*\*\*

¡Tengo unas ganas, chiquilla, de saber hasta qué sitio sueles ponerte las ligas!

\*\*\*

Al pie de mi celosía no me vengas a llorar; vente a mi cuarto esta noche, que me agrada mucho más.

\*\*\*

Dicen que gana dinero aquel que corre y trabaja, y tú lo ganas a espueñas sin abandonar la cama.

\*\*\*

Voy a pedirte un favor: cuando me mires así dime las horas que tienes, morena, de recibir.

\*\*\*

Si quieres saber si estoy enfermo como tú crees vente a mi cuarto esta noche y te lo demostraré.

\*\*\*

Dice Pepa que su esposo come lo mismo que un buey. Pues cuando así lo asegura, ella sabrá por qué es.



—¡Juraría que en el momento de cerrar el paraguas vi una sombra doble!

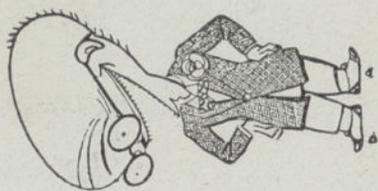
Dib. de Bellón.

UN GATO DE LA CORTE.



LAS BELLAS DEL CINEMATOGRAFO

MARIA CORDA EN UNA ESCENA DE LA BELLA PRODUCCION DE LA U. F. A. "EL BAILARIN DE MI MUJER"



El rincón más decente de un cabaret, a eso de las doce y media de la noche. A las tres y media de la madrugada, enseñan las piernas hasta la cintura.

